

CUENTO N° 170

TÍTULO: AGUAS MANSAS

SEUDÓNIMO: MARÍA CORREA

AUTORA: MARÍA CONSUELO LARRAÍN ARROYO

Aguas mansas

María Correa

Miró a lo lejos, dibujando con las manos una visera para distinguir mejor la ancha entrada de mar –el tranquilo estero de Paildad-, a unos 80 metros ladera abajo. Con esfuerzo divisó la vela del Papageno desplegada al viento. El oleaje ese día estaba más quieto que nunca, la marea había subido, el agua iba y venía con una calma chicha.

Antonia se preguntó si estaba Javier esa mañana dentro del yate. ¿Habría salido solo a navegar, sin Juanito? El niño, de 10 años, se sentiría en ese caso desilusionado. Todos los años esperaba el verano para ayudar a su padre en las maniobras del barco y así demostrarle que había crecido.

Entrecerrando los ojos, ella trató de distinguir las siluetas sobre la que sabía reluciente cubierta de madera del yate de 32 pies, pero la resolana o la miopía le apagaba cualquier vestigio de las siluetas. “¡Mierda, que no veo nada!”. Había amanecido con el genio alterado, en contraste con la luminosidad de ese día.

A sus 47 años, Antonia, historiadora de profesión y vendedora de seguros por necesidad, siempre había querido que la integraran al equipo de cinco tripulantes del Papageno que participaría en la regata de Chiloé por primera vez ese verano. Su poca pericia en el manejo de cables y nudos no le había dado el pase.

En la regata los veleros partirían de Castro hacia Chonchi, Quemchi, Queylen y luego entrarían por el estero de Paildad. Cobijo de toninas y cisnes negros, ese mar todavía sacaba “ohs” de admiración a los escasos turistas con paciencia

suficiente como para navegar horas y acceder al Chiloé profundo, ese que ni siquiera aparece en los mapas.

El olor a humedad de los bosques de canelos, coihues y arrayanes impregnaba la casa de la loma. Al recordar la intensidad del aroma del bosque, a Antonia se le iluminó la cara. Se sabía privilegiada: quedaban pocos lugares en el mundo con la belleza enérgica de Chiloé. Allá todavía se podía escuchar el canto del cucao rompiendo el silencio de la mañana o ver bandurrias sobrevolando el mar mientras los boteros recogían sus cuelgas de choritos.

Contigua a su casa, la bahía se abría hacia una explanada donde se alzaba una iglesia amarilla de tejuelas con su torre a punto de desmoronarse. Antiguo paradero de misiones jesuitas, habría sido escenario ideal de un cuento con neblina y apariciones. Pero la verdad es que sólo era lugar de curantos, alguna aburrida fiesta costumbrista y ceremonias religiosas.

Por estos lados los indios eran mayoría, como atestiguaba el cementerio donde, en medio de los adornos de flores plásticas, los Rivera y Oyarzún aparecían opacados por los Millalonco, Chiguay y Raimapu, esos isleños descendientes de huilliches que todavía creían en brujos y maleficios.

Qué estupidez, pensó ella. Se acordó de los cuentos de Gastón, el vecino al que se le arrancaban las ovejas desde su parcela sin cercos. Una nueva mirada al yate le espantó esos pensamientos.

¡Qué habría dado Antonia por estar ahí! Javier le había enseñado a navegar; cuando todavía era su marido. Tardes de complicidad en el mar y, luego, cuando

el viento dejaba de soplar y llegaba la hora azul – la de la luz metálica, plateada, que espejeaba el agua y enrojecía los cielos- , ambos se sentaban en silencio.

Hace diez años era difícil resistirse al encanto de lobo marino de su ex.

Acariciándose la barba donde despuntaban algunas canas contaba las mentiras más increíbles de sus aventuras en el mar con aires de Coloane a la caza de ballenas. Para ella esa fantasía desbocada y mitómana era sólo uno de los temas. No podía seguir viviendo con un hombre que pasaba por la vida tan livianamente, sin asumir responsabilidades, siempre niño, siempre en fiesta.

Bajó con prisa la ladera, sorteando las zonas pantanosas, para ir a buscar los anteojos de larga vista a la casita del motor. Enfocó como pudo los lentes. Por más que se esforzaba no lograba distinguir nada con precisión desde la playa, salvo alguien al mando del timón, y otras personas moviéndose en la cubierta.

En la media hora siguiente, a cada rato echaba una ojeada a la bahía. A pesar de la timidez del viento, el barco parecía navegar sin pausa con sus velas desplegadas, pero, qué extraño, no se acercaba a la orilla. ¡Esto se está poniendo raro!

Cuando la embarcación estaba como a 40 metros sonó la potente bocina. Vio a Javier gesticulando desde la cubierta del Papageno. No lograba entender, empezó a sentir miedo.

Corrió a la playa y se subió al pequeño bote auxiliar. A medida que se acercaba, comenzó a escuchar los gritos: “¡Juanito desapareció en el agua, no lo encuentro,

ayúdame!” No lo podía creer. ¿Cómo era posible que el cabro leso se hubiera puesto a nadar en esas aguas congeladas? Otra tontera de Javier.

Apuró como pudo el motorcito de 10 caballos y llegó hasta el Papageno. Javier estaba descontrolado. Al verla, gritó, como si hubiera visto una aparición

-Gastón, Gastón –trastabillaba él- , ¿te acuerdas?, el mariscador; vino a vendernos unas cholgas, me di vuelta a hacer unas maniobras y no vi más a Juanito. Tampoco he podido encontrar a Gastón. ¡No se divisan por ninguna parte!
- le dijo entre hipos.

Ella se acordó entonces de cuando el mariscador les contó una extraña historia que los hizo reír. Mirando de soslayo, dijo que había tenido que santiguar su casa porque el viento entraba por la puerta con fuertes aullidos. Que su mujer vio una pelota de fuego sobre la cocina a leña y que a su guagua le había salido un chichón al día siguiente. ¡Estaban pensando en esa parte del bosque!

Al recordar la historia, Antonia pensó en las extrañas maneras de Gastón, la fija mirada negra, las fogatas en su bote, pero no le pareció prudente mencionarlo.

- Tal vez pasó Reinaldo en su chalupa y Juanito se bajó del yate sin avisar y...muy rápido – era el tipo de reflexiones de “experto” de su ex.

- ¡Qué absurdo! ¿Crees que es tan fácil? ¿Y en “un momento”, como dices, el tiempo en que te distrajiste?

- ¿No te cuadra, cuándo lo hace lo que digo? ¿Vale la pena discutir ahora?

Javier debe haber estado 'puesto' –sacaba sus cuentas Antonia- , a medio filo, y se le cayó el cabro sin que se diera cuenta, típico de él. Sintió que la garganta se le cerraba con un apretón y que le faltaba el aire, de pura rabia.

– Es absurdo todo lo que me estás contando, Javier, ¿cómo no lo notaste? ¡No te das cuenta que nunca lo miras ni sabes dónde está!

Cuando Javier tomó al fin la decisión de ir a buscar su traje de agua para tratar de bucear, Reinaldo, el cuidador, encontró el cuerpo de Juanito desvanecido cerca de la poza cercana al huerto de manzanos. Había pasado una hora, era ya la una y el sol reverberaba con fuerza sobre el azul del agua.

Nadie sabía cómo Juanito había ido a parar allí. El chiquillo estaba con pérdida de conciencia pero sus signos vitales eran regulares y no había huellas de heridas en su cuerpo, algo rasguñado y con hipotermia.

Después de la reanimación, se demoró un buen rato en recuperar el conocimiento, pero no recordaba nada. Ni un atisbo. Los médicos dirían más tarde que probablemente había sido un TEC al caer al mar a raíz de un golpe. ¿Del mariscador? ¿Sin defenderse o gritar? ¿Sin que Javier lo sintiera?

Podría haber muerto, pensó Antonia, y se angustió al pensar que estuvo a minutos de perder a su hijo, ese niño adorable que la seguía cobijando con sus torpes brazos cuando ella se sentía sola y deprimida.

Las deducciones de los vecinos empezaron varios meses después: Gastón era un brujo connotado en la comunidad huilliche. Para él, Javier era un usurpador. Decían que había envenenado al cabro, que algo le echó a sus cholgas además del limón habitual.

El acusado tampoco pudo dar su testimonio. Se había ido a la Patagonia. “Se esfumó, como suelen hacerlo los brujos por un tiempo”, sentenció Diana, la fiscal de la Iglesia, encargada de las llaves.

Para el niño fue el final de su infancia y el comienzo de sus miedos nocturnos; para Antonia, la pérdida de toda ilusión de que su matrimonio tuviera alguna posibilidad de reencantarse.

Ese año, el del Bicentenario, participaron en la regata más de 60 yates de América, Europa y Australia. A pesar de los esfuerzos de la tripulación, Papageno no quedó entre los premiados, pero hizo una buena carrera.

Javier rezumó desaliento durante el resto del verano. Había logrado sortear las aguas bravas de la regata, pero no de las del apacible refugio de Paildada. Cuando amanecía nublado, lo que era frecuente, la neblina cubría el manso oleaje como si ese vaho escondiera algún secreto.

////////////////////////////////////